

José María
Requena

Pesebres de
caoba



Ediciones
Destino

PESEBRES DE CAOBA

Es la crónica de la muerte y entierro de Carlos Cal, terrateniente andaluz, dueño de la Hacienda Olivoloco...

©1980, Requena, José María

©1982, Destino

Colección: Áncora y delfín, 562

ISBN: 9788423312054

Generado con: QualityEbook v0.77

Pesebres de caoba

José María Requena Barrera

Premio Villa de Bilbao 1981

A CHACHALOLA no le extrañó demasiado la muerte del amo, porque la había presentido desde el amanecer. Aleteaban en vuelos raseros las palomas zuritas y las nubes pasaban lentas y plomizas hacia los cerros de las viñas. Subió el viejo mastín hasta la planta de la servidumbre, como en aviso de algo malo, entre toses y jadeos. Cinco años hacía, por lo menos, que el perro no se atrevía a tal aventura, porque la mucha edad le había metido en los pulmones el demonio humano del asma y prefería el hambre antes que subir por la grandiosa escalera principal de mármol rosa, y, después, la estrechita y empinada que lleva, de tapadillo, desde la altiva galería del patio hasta la anchura soleada de la cocina, rodeada de los bien olorosos pasillos y recovecos que cruzan oscuros espacios de altos techos artesonados por colganderos jamones y chacinas. Y supo también Chachalola al mediodía, que, camino del pueblo, a galope tendido, fue vista pasar la señorita Trudy, de nuevo en Rancho Espuma, dura y castigadora con la fusta al cruzar por delante del caserío de Olivoloco, rubia, muy rubia aún, sobre el caballo negro de cuello largo y patas finas, botas amarillentas y pantalones verdes, empernacada muy a lo militar, machotamente apretados los pies sobre la tirante cortedad de los estribos, joven y poderosa todavía, que parece mentira cómo se conservan estas malditas extranjeras. Que se lo hubieran preguntado, si no, a don Carlos Cal, que, tam-

bién, aquella tarde misma de su muerte, venía de los pinares que marcan espesas lindes entre Olivoloco y Rancho Espuma, donde, escondido como un chiquillo en fiebres primeras de varón, aguardaba, entre quemazones de labios y tembliques de viejo calentón aún dominado por encelamientos imposibles, a que llegara ella a desnudarse sobre la blancura harinera de la playa, momento en que él buscaba con sus potentes gemelos las nuevas y mayores imperfecciones del cuerpo rubianco poderoso, en tanto masculaba remordidos insultos contra la propia decadencia de su vejez, reventones los ojos, en ansiosa adivinanza de las primeras arrugas que, por fin, derrotaran la hermosura de un cuerpo que ya no era suyo. Como aquella madrugada, cuando, al servirle la botella última, le escuchó Chachalola, suelta ya la borracha lengua de los rencores, aquel regodeo babeante, porque había visto y revisto las primeras varices en las pantorrillas todavía rotundas de la señorita Trudy Brot, anchas y azulosas varices que le parecieron arroyos a punto de crecida, celestes amenazas de inundación sobre los rastrojillos de inolvidable pelusilla dorada, en unas piernas que resisten el paso del tiempo como tantas y tantas cosas alemanas, igualito que sus carros de combate, lo mismo que la máquina de escribir que un representante alemán quiso venderle a Carlos Cal, después de hacerle ver que se podía escribir con ella tras zambullirla una y otra vez en las profundas aguas del pozo y sacarla entre golpes contra las piedras verdinosas de la hondura, al igual que podrían seguir disparando los cañones alemanes desde mucho más allá de la derrota, porque, aunque vencidos, nunca dejan de ser gigantones y fuertes, casi jóvenes del todo con la edad en que las morenas carnes de por aquí se apergaminan y encogen, cada vez más uvas pasas los gestos ante el espejo, y hay que ver, sin embargo, la descarada valentía con que se conservan, a su medio siglo, los pechos de Trudy, hija única del comandante piloto de la Cóndor, doblegada la resistencia de aquellos dieciocho años de musculatura inconquistable mediante jarabes de pico o con calculadas estrategias de caricias, sino tan sólo a golpes de

continuas y guerrilleras sorpresas contra los hielos de la disciplina germana, abriendo brecha con las voladuras del susto en los hermosos paredones de un cuerpo enviciado por los rigores matemáticos de la gimnasia. Y así, se fueron cumpliendo las aceitunadas leyes de Carlos Cal, cuarentón el viudo de Olivoloco, igual que tallado por vientos y soles a caballo, entrando a saco, en apasionamientos maduros, por aquellos dieciocho años recién llegados en avión de combate, niña hecha a planchar uniformes rígidos y a sacarle brillos a la elegancia mortífera de los correajes, muchacha acorralada al fin por todo cuanto Carlos Cal tenía de tierra seca y de trival, de poderosa presencia de manada de potros o de toros. El mismo Carlos Cal, que, a la vuelta del pinar de las playeras lindes con Rancho Espuma, quedó vencido por el primer mareo del fin, boca retorcida y mirar fijo y dislocado el rostro, sobre las crines sudorosas del caballo blanco, en desgargo combadas las mandonas bridas, colgantes y a peso los brazos a un lado y otro del cuello y engarabitados los dedos en el repentino calambre del infarto. Ni un grito ni la prisa más mínima despertó la estampa del jinete que nunca más volvería al galope, ni tristes ni tampoco jugueteros los andares de la montura, lentos andares con más cansancio que instinto de luto por un amo que brillantaba en persona los cascos de sus corceles favoritos, cuya insolencia desbravaba él mismo, las espuelas repetidamente remojadas con trabajados zumos de cortezas limoneras, en agria mescolanza con vinagres viejos, hasta que, después de muchos cabeceos, brinco y relinchos, entre polveríos de protesta y rabia, rendidos los cuellos y estropajosas de sudor las crines, premia Carlos Cal los primeros sometimientos a la doma con el confitero milagro de los grises cubos llenos de natilla y merengue que el yeguarizo mayor pone al alcance de los belfos, cuando el amo de Olivoloco alza el brazo como señal de principio del fin de un potro libre a punto de convertirse en animal esclavo, tronchadas para siempre las cabriolas de su rebeldía, lujo de fuerza sometida, parte elegante y musculosa de toda aquella tierra que Carlos Cal amaba y defendía con la vio-

lencia misma de las lujurias ciegas, negada de una vez para siempre la comprensión que puedan pedir las vidas o las cosas que le vuelvan la espalda o que se encaren en contra de cualquier ilusión suya. Por eso, nada más que silencio ha venido cercando al amo muerto, al amo del orgullo doblado que acaba de atravesar las abiertas verjas, rozando sus manos los macizos de romero, hasta que el viejo capataz Fernando pide ayuda y le bajan con unos modos que parecen, primero, casi miedosos, de tan esmerado como es el respeto con que los camperos pasan sus brazos bajo los sobacos de la cazadora o al rozar el cuero de unos zahones que ellos saben heredados de remotos poderíos del campo, de una ristra de dueños poquísimas veces desobedecidos. Y Chachalola lo había visto venir todo desde las arcadas del mirador, entre aleteos de palomos que surcan y apretujan a las palomas contra los rincones más negreados por el atardecer. Y se recuerda ella a sí misma, mucho más joven, nada más empezar la guerra, enloquecida de rizos su cabeza, el lunar aquel tan como el carbón en el entrelabio, que parecía conseguido con tizne de corcho afilado y puesto a la lumbre, y unas caderas anchas y curvas que los cortijeros palpaban de antemano resignados al bofetón, aunque tantísimas veces tentada ella a decir que sí, a seguirle el juego al atrevimiento del macho más decidido, por los hondones tibios de las corralizas o bajo las techumbres desvenecijadas de los gallineros. Y allí estaba la guerra, noticia sonando a rara fiesta en el pueblo y que desde el pueblo llegaba a Olivoloco por boca de Fernando, el capataz, abrochado el botón de arriba de la chaquetilla gris de la pobreza, pero con un no se sabe qué por dentro de ordeno y mando que le envaraba en la función tan poderosa que cumplía, vueltas y más vueltas a la gorrilla entre los dedos nerviosos:

—Están requisando las escopetas y han paseado a don Fidel por la rotonda de la plaza con un cartel al cuello que decía: «Te presto un duro y me quedo con tu jornal del año entero».

Nunca quiso perros de lujo en Olivoloco. Carlos Cal perdía los estribos ante los perros pequeñajos y mansurrones que se echan a los pies del amo y se pasan el día a la espera de que cualquiera los coja entre los brazos, para lamerle las manos con humillado agradecimiento. Los adivinaba falsos como a todas las cobardías, incapaces, además, de preparar con paciencia los apasionados mordiscos de la revancha, perritos falderos como aquel bajito y alargado al que doña Mercedes engolosinaba con bombones y recortes de jamón, perro en continua señalera, dueño y señor de camas y divanes, perro de ladridos agudos y afeminados, perro vicioso de lindos cojines bordados y de mullidos almohadones de terciopelo. Porque, para Carlos Cal, únicamente un animal debía ser un lujo en tierra de labranza, nada más que el caballo, solamente su hechura de poderío y sus andares de grandeza, ningún otro animal, ni cosa alguna tampoco, pues ni siquiera sus sillas de montar llevaban incrustadas en oro sus iniciales y libres de anillos había llevado siempre los dedos de sus manos duras. Fue desechando desde niño los perros que, más tarde o más temprano, levantan la cabeza con la soberbia de su estampa agradable o imponente o con la suficiencia de una faena de cacería bien hecha. No le sirvieron los gigantes dogos daneses ni los perdigueros mejores ni los vivos perros lobos alemanes ni los peludos y grandullones de San Bernardo. Se quedó, sin más, con la bronca lealtad de los mastines cabezones y la pronta agilidad de los galgos, sólo piel, músculo y hueso, que culebrean por el aire como látigos y que ni para pedir de comer mueven el rabo, perros estos y aquellos que jamás cogen sitio en salas y dormitorios, siempre a la puerta de casas y corrales, perros cumplidores, serios y callados como los buenos capataces, y, en diciendo esto, se echaba a reír Carlos Cal, cuando añadía lo de dicha sea la comparación sin ánimo de ofender, porque Fernando había empezado a mover la cabeza en clara significación de resignado disgusto.

Nada más ponerse Carlos Cal ante la fachada de la casa cuartel, el cabo Pereira mandó abrir las dos grandes hojas de la puerta claveteada con bronces picudos y exageradamente brillantados por la disciplina.

—Adelante, señores —gritó el cabo desde el patio.

El alcalde apareció por una de las esquinas de la plazuela y, una vez junto al amo de Olivo-loco, se adentraron en la sombra espesa del zaguán, mientras el número de guardia cerraba a sus espaldas el ancho portón, rápido y silencioso el cerrojazo, chorreantes de grasa oscura los robustos y ligeros pestillos.

Hasta dolía de tan blanco el patio de mármol. Carlos Cal presentía, arracimados tras los visillos de las ventanas altas, los compenetrados temores de las mujeres y los hijos de los cinco civiles, conversaciones en voz baja por los interminables pasillos de un caserón aislado del resto del pueblo, cañones de fusiles en improvisadas troneras y ventanucos, soldados prematuros los chiquillos en vigilancias nocturnas por las azoteas del pequeño universo aparte, más de cincuenta mosquetones y diez mil balas en el sótano que fue, en lejanos tiempos, bodega de muy cuidadas telarañas sobre botas centenarias de vinos postineros y, a veces, también tenebroso escondite para secretos o tesoros o personajes fugitivos. Y, en la caja fuerte, abierto ya, el temido y amarillento sobre lacrado de las consignas para casos de emergencia, pero ningún consejo que facilitara las decisiones, sino sólo escuetas normas de a Roma por todo, implacables las llamadas al deber una vez llegada la hora de dar la cara del valor y responder a lo jurado la mañana aquella ante la bandera, bajo un sol muy hermoso del otro sol que estuvo allí también cuando el primer beso a la novia, el mismo sol que jamás le había faltado en las encrucijadas más emocionantes de la hombría. Porque para los cuarenta años del cabo Pereira, había resultado muy transcendente, acaso demasiado, aquello de tener que abrir un sobre así por vez primera, solemne sobre sellado en lacre rojizo color de sangre enfangada, un sobre como los otros

sobres que tantas veces había contemplado, fugazmente y de reojo en cada nuevo relevo de las muchas guardias cumplidas desde los veintitantos, en el momento de abrir la caja fuerte el oficial entrante, o él mismo al llegar a comandante de puesto con sus anchos galanes granates de cabo... De momento, al abrir el sobre de papel grueso y áspero, pulverizado el lacre viejo en pequeñísimos y múltiples crujidos, se sintió un poco así como en camino hacia el heroísmo, trabajosamente dominada la emoción de los dedos y muy segura y relimpia de sentimentalismos la voz con que fue leyendo a sus cinco guardias, en mitad del patio blanco, la consigna escueta que debían obedecer cuando el país se destrozaba ya por los cuatro costados del odio.

Treinta mosquetones y dos mil balas había exigido el pueblo para tolerar aquella independencia de vida aparte que los guardias civiles se proponían. Los hombres que se iban llevando armas y municiones depositaban en un rincón las sacas de patatas y harina, gruesos jirones de tocino, sargas de chorizos, garrafones de aceite, ruidosas latas de conserva, anchas bacaladas, barrigonas barricas de arenques, espuestas rebosantes de pan caliente...

Uno de los hombres, fusil entre las manos, preguntó con descaro y en voz alta:

—Y a todo esto ¿cómo se carga un chisme de estos?

Carlos Cal sorprendió el primer punto de indignación en el gesto del cabo y mientras metía en la recámara los cinco cartuchos del peine reluciente, le dio estudiada satisfacción a un hombre que veía en cada mosquetón bastante más que una simple cosa.

—Así se carga, y no te olvides de que esto no es un chisme, sino algo muy serio, demasiado serio.

Con todo, nada más retirarse el imprudente, el cabo tomó del brazo al labrador y le comentó en un aparte con ira mal reprimida:

—Esperemos que no se haya equivocado al aconsejarme esto. Ya le dije que no lo veía muy claro, pero que lo hacía por esas mujeres y esos niños —señaló hacia los ven-

tanales donde los visillos habían sido retirados del todo, rotos los comedimientos iniciales ante aquellos intercambios de fusiles y balas por panes y ultramarinos.

Con algo de profecía sonaban las palabras del hombre uniformado de verde, un hombre todavía joven en cuyos gestos se reflejaban forcejeos de celos y decisiones, en edad de verse muy distanciado de las maravillosas cosas ideadas por los años más limpios, durante la corta y alegre temporada de la primera juventud, cuando el hombre no cree, no puede creer en la muerte propia. Algo más que admiración a secas sintió Carlos Cal por aquella estampa que parecía reclamar por toda su silueta la sangre más joven que le restara, una sangre que a Carlos Cal no le costó ni tanto así de imaginación suponerla como sangre movilizada de aquí para allá, por debajo del uniforme verde claro, tan ajustado al cuerpo bajo la negra atadura del correaje, atosigante la elegancia de los dorados botones abrochados pecho arriba hasta el duro círculo de un cuello por cuyo borde claro, ya ennegrecido por unas cuantas noches en blanco, burbujeaba el martirizado sudor de quien se resistía a considerarse traidor y vuelto de espaldas al heroísmo por haber entregado fusiles y balas a cambio de comida.

Al doblar la primera esquina de la plazoleta, Carlos Cal se ha visto encañonado por diez de los mosquetones acabados de sacar del cuartel.

—Yo creía que usted era un hombre de palabra —dijo mirando a los ojos del alcalde.

—En estos momentos —replicó el alcalde— no puedo permitirme el lujo de ser un hombre de palabra.

Estrenó los galones de cabo en aquel pueblo tan pobreton, ni siquiera adoquines en la calle principal, y las otras, desdentadas por el traqueteo de los carros, sólo restos de empedrado, por lo que el vienteciUo calentón de agosto levantaba remolinos y cualquiera diría que todo el polverío de la mañana buscara sus bocamangas para deslucirle el par de tafetanes rojos con rayitas negras.

Se preguntaba Pereira, camino del casino, que hasta dónde se remontaría el contento de un hombre al estrenar estrella bordada en oro, aunque fuese únicamente la de seis puntas, porque, siendo tanto su orgullo por un par de retalitos de seda colorada, ni imaginarse podía lo del fajín de general, menuda la borla esa que parece caída de un gorro cuartelero enorme, para quedarse airosamente colgada de la cintura. Y, sin embargo, al entrar él, tricornio en mano, como nunca de bien planchada la guerrera, seguía el paisanaje embebido en naipes y fichas de dominó, aunque, miren por donde, era precisamente Romualdo el primero en levantar los ojos de las cartas, palillo mondadientes en continuo viaje de un lado al otro de la boca, y en los galones mismos fue a fijarse su mirada, pero no dijo ni palabra y Pereira se atrevió a tenderle puentes de conversación, que si hay que ver el calorazo que hace, que si voy a tener que quitarme del tabaco, que si... Nada, que no, que el padre de la niña se las sabía todas y otra vez buscaba escondite en el juego, dale que te dale paseos al mondadientes por los labios, de izquierda a derecha y al revés, hasta que, pasados unos minutos, de nuevo la mirada que busca los galones y se detiene en ellos con reposada fijeza, quién sabe si con desprecio, porque, en el caso de que Romualdo admitiera un uniforme en la familia, seguro que lo desea a tenor de la importancia de su almacén de aceitunas, de teniente cuando menos, con la cara de bruto que tiene el muy cateto, y el caso es que Cloti se le parece en algo, aunque en fino y en bonito, claro, abultada es también la boca de ella, pero sin palillo mondadientes de acá para allá, y también son del padre sus ojos, negros como los duros ojos que se detienen de nuevo en los trazos rojizos de las bocamangas y no pronuncian las deseadas palabras de vaya, hombre, le han ascendido a cabo, esto está bien, enhorabuena...

Salió del casino y cruzó la plaza. Un travieso golpe de viento levantaba, hasta la altura de su tricornio, trocitos de papel y cascaras de castañas. Instintivamente, cruzó los bra-

zos y, con ambas manos, defendió del polvo el vivo color de sus galones. Al fondo de la calle, rebasando el remate alambrado de una muralla, sobresalían las panzas de los grandes bocoyes repletos de aceitunas en salmuera. De fijo que vale cada uno como dos o tres pagas tuyas, de las de cabo.

Menos mal que dentro de unos días llegará el nuevo destino. En cuanto llegue al cuartel buscará un cepillo para quitarle el polvo a los colorados distintivos que estrena sobre sus bien planchadas bocamangas verdes.

Tiene desnortado el mirar, en loco desconcierto los ojos, cada cual por su lado, igual que si quisieran abarcar ahora con tamaña bizquera a cuantos camperos contemplan la encogida silueta de su cadáver, sobre la colcha azul, calzados aún los botos de montar, barrillo negro de los pinares por los rotundos tacones, gotas de sudor en la frente, de un sudor que debe ser muy frío, muy como sacado del fondo del pozo que debe de ser la vida en el momento de morirse.

Como una nube llegan las mujeres de Olivo-loco, cubiertas las cabezas con los negros pañolones siempre a mano para el luto constante que es la vida, Chachalola al frente, veloces sus dedos en aquel bajar los párpados del amo en un ademán que tiene trazos de repensado menosprecio, en un correr las cortinillas de los ojos mandones de Carlos Cal, para que sea, por fin, un muerto, sin mirada siquiera, dormido por los siglos, ya nunca más necesitado de que tú, Fernando, llegues cada mañana hasta esta cama, golpecito en el hombro, al son de un don Carlos, que son las ocho o las diez de la mañana o las cuatro de la tarde, porque, últimamente, el amo estaba como podrido de insomnio y eran muchos los días en que no cazaba el sueño hasta bien levantada la luz del sol, después de fabricarse cansancio en recorridos rápidos por salones, escaleras, cuadras, patios y corrales. Ya no tendrás que sufrir el sobresalto de casi todas las noches al zamarrearte el nerviosismo del amo, que me

despiertes, Fernando, a tal o cual hora, no me falles, y, con las palabras empapadas en vino del bueno, oye, tú, levántate, deprisa, te espero en la sala, y llegabas con el pelo recién mojado, no del todo despierto por el frescor del agua, dispuesto a escuchar inesperadas confidencias, porque don Carlos Cal era persona que se las arreglaba a solas en todo o en casi todo, menos en lo de sentirse capaz de quitarse de encima las preocupaciones, si no se las contaba a alguien, a ti con preferencia, Fernando, campero de mirada viva, de ojos que, según el amo, le sabían escuchar mejor que nadie, acaso porque tú, de su misma edad, hijo de capataz antiguo, eras niño amigo campero del Carlos Cal de tus mismos años, a gran distancia aún del yo mando y tú cumples, igualados en la ilusionada locura de la infancia, hacia las copas de los pinos en la conquista de los nidos más altos o echando cabos al río con cebos de lombrices para el milagro plateado de las anguilas que, una vez sacadas del agua, golpeaban como látigos las espaldas de hierba de la orilla. Eran días en que tú le llevabas aún demasiada ventaja a Carlitos Cal en el atreverse a montar un potro recién salido del picadero y en el echarse a la cara una escopeta de dos cañones, apoyada la culata de la escopeta de hombre sobre el hombro estrechito de los diez años. Y también eran días en que el chaval del amo se burlaba de tus faltas de ortografía y te hablaba de raíces cuadradas y de mapas de todos los continentes y hasta te sorprendía con palabras en francés. Pero, sobre todo, se te quedaron profundamente grabadas las amargas impaciencias con que aguardabas la llegada de Carlitos a Olivoloco, días después de la fiesta de Reyes Magos, porque ni una hora tardaba en mandarte a llamar, el tiempo justo de empalmar los tramos de una vía de tren en miniatura, con sus estaciones y cambios de agujas y túneles, enganches, topes y vagones de viajeros y de carga, y aquellos bombones de otro mundo, y el dale que te dale cuerda a la conversación sobre las grandezas de la capital, torres y tranvías, puentes y jardines, las calles anchas y larguísimas... Pero, a los cuatro días, Carlitos Cal arrumbaba su tren y se declaraba empa-

chado de golosinas, para darte paso a ti, que le enseñabas las numerosas cosas que eran de tu dominio en los imponentes silencios del campo, pim pam pum contra zorzales y perdices, bien estudiados los recodos y las pozas del río, para saber con precisión dónde echar anzuelos al encuentro de sábalos y barbos.

De chiquillo, el burro de las aguaderas, sencillo, tranquilo y gris como los gorriones. En tiempos de chaval crecido, a pelo sobre los muletos macizos y brillantes como las castañas. Y, ya de mayor, muy cerca siempre de grandiosos caballos, pero sin montarlos nunca, ni a escondidas, porque desde niño supo que, para Carlos Cal, en Olivoloco, nada era tan intocable como sus caballos de casta, raramente llevados por los caballistas, y llevados, ojo, no montados, libres de aparejos, ronzales en lugar de riendas, mantas finas dobladas en vez de sillas, ni un solo intento de galope y muy contados los trotes, siempre al paso, como norma y costumbre, para que los distinguidos animales aprendan a diferenciar entre caballeros y caballeros, amos y criados, botas y botos. No estiran la planta ni bracean presumidos los corceles cuando llevan encima mozos de cuadra que los alimentan y cepillan, gente que nunca lleva los brillos de las espuelas ni la amenaza elegante de la fusta, ante quienes mueven los cuellos y alborotan crines como si les dijeran cuidado con dañarme, porque se entera el amo. Los traen y los llevan de pesebre en pesebre, camino del baño en el arroyo o hacia el alivio refrescante de los abrevaderos. Y, si por él hubiese sido, Fernando el capataz no hubiera montado caballo alguno, ni rocín ni postinero, un buen mulo y basta para el trajín de la labranza. Pero el amo del Olivoloco le ordenó que se quedara por suyo un caballo ancho de lomo y corto de alzada, paciencia de borrico, aguante de buen mulo y abierta inquina hacia los caballos favoritos, pues cuando alguno de ellos, con el amo encima, se alejaba al galope, se paraba tozudo a rumiar los amargos yerbajos de la envidia.